
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

Imp. Suc. de J. Cruzado á cargo de Felipe Marqués,
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.445.

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN SEGUNDO

I.

Acabé hace un año el primer montón de estos RIPIOS ULTRAMARINOS pidiendo á Dios la conservación de su santa Iglesia, ante el peligro de que llegara á ser obispo un cura que echaba flores á las señoras desde el púl-pito; y comienzo ahora el segundo montón con la misma súplica, ante la realidad de un obispo que gasta el tiempo escribiendo sim-plezas en versos detestables.

Este obispo es *Ipandro Acaico*.

O sea el ilustrísimo señor Montes de Oca y Obregón, bautizado en la Religión cristia-na con el hermoso nombre de Ignacio, y re-bautizado con aquellos ridículos apodos en la mogiganga de los *Árcades*.

Bien sabe Dios que siento tener que cen-

surar los versos de un obispo; pero no puedo dejarlos correr, no sea que vayan á servir de ejemplo y cualquier día se repita el caso.

Es decir, no sea que algún otro obispo salga cualquier día escribiendo versos malos como los del señor Montes de Oca.

Que son malos de veras, en la forma y en el fondo.

Porque en la forma están llenos de ripios, de prosaismos y de disonancias.

Y en el fondo son medio paganos y están impregnados de mitología con todas sus impurezas y asquerosidades.

Lo cual, si en los versos de un simple fiel cristiano ya no sería de aplaudir, tratándose de los de un prelado católico, apenas hay manera de afearlo bastante.

¡Como si nuestra Religión Cristiana no fuera hermosa, sublimemente hermosa! ¡Como si no encerrara en cada dogma y en cada misterio una fuente inagotable de belleza!

Y tiene tan arraigada el señor Montes de Oca la manía clásico-pagana, que áun los asuntos religiosos que trata alguna vez en sus versos, los estropea y los corrompe con alusiones mitológicas.

Una vez quiso cantar á Santo Tomás de Aquino, y la mejor alabanza que se le ocurrió hacer del doctor Angélico, fué compararle con Apolo rodeado de las musas...

¡Santo Tomás entre mujeres!...

Lo primero que yo leí del señor Montes de Oca fué una composición á Marcelino, otro paganizante, pues como dice el refrán, Dios los cría y ellos se juntan.

Se publicó, es claro, en la *Ilustración Española y Americana*, y llevaba este título que denuncia la clase:

«Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo, enviándole, en cambio de sus magníficas poesías (1), mis traducciones, ocios poéticos y ensayos en prosa.»

Ya se sabe lo que se suele hallar debajo de estos títulos tan largos.

Pero á veces la realidad sobrepuja á todas las presunciones.

Y esta vez fué una de esas, porque la composición resultó mucho peor de lo que yo presumía al leer el título.

El efecto que me produjo la lectura de la tal composición fué desastroso.

Bajo la influencia de este mal efecto, se la leí luego á un sacerdote que había sido mi maestro de teología, el cual la escuchó en silencio, sin desplegar los labios.

Y al terminar, cuando yo iba ya creyendo que no le disgustaba tanto como á mí, exclamó secamente, refiriéndose al autor:

—Yo le suspendía...

(1) Quien haya leído los *Ripios Académicos* ya conoce lo magníficas que son las poesías de Marcelino.

La composición comenzaba:

«Hijo querido de la griega musa,
Gloria naciente del hispano suelo!
Agradecido te saluda Ipanδρο,
¡Inclito púber!»

¡Inclito púber! ¡Vaya un elogio!...

Me acuerdo que á Ramoncito Necedal, que por adulación al autor y al dedicatario de la composición se creyó obligado á reproducirla en *El Siglo Futuro*, le sentó tan mal eso de *inclito púber*, que lo reformó, poniendo *inclito vate*.

Y además puso por nota al episcopal es-
perpento esta atenuación pilatina.

«Tenemos mucho gusto (no era verdad, pero Ramoncito es así) en reproducir esta composición del ilustrísimo Sr. D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Tamaulipas (Méjico), no sólo por su *mérito literario*, sino por *ser de quien es y dirigirse á quien se dirige*. Pero queremos añadir que nosotros no tenemos tanto entusiasmo como el docto prelado ni como nuestro querido amigo el señor Menéndez Pelayo, por los rigores del clasicismo, ni deseamos tan vivamente el renacimiento de las formas griegas.»

Lavadas sus manos así, como el gobernador de Judea, Ramoncito reprodujo, sin más enmienda que la sustitución del *púber* con el

vate, toda la pagana lucubración, que continuaba de este modo:

«¿Cómo pagarte la *preciosa* lira
que me mandaste de tu amor en prenda?
Aunque me pides mi zampona en cambio,
Dártela temo.....»

Darte-la-te-mo... Te-la-te... ¡Qué suavidad y qué dulzura y qué combinación tan elegante!
¡Y luego, todo un señor obispo andar ahí con la monada de la zampona para significar sus malos versos!.....

Tercera estrofa.

«¿Pueden *mis cañas*.....»

¿Qué cañas serán?... Si dijera *mi caña*, podía entenderse que era el báculo; pero ¿quién se acuerda ahora de eso?... Por lo menos el autor de los versos no parece acordarse.

«¿Pueden *mis cañas* á las cuerdas de oro
Ser comparadas, y al *ebúrneo plectro*
Con que los himnos de Catulo y Safo
Blando repites?.....»

¡Y tan blando!... Como que los repite con todas sus obscenidades asquerosas.

Que por lo demás, los versos de Marcelino Menéndez son tan duros y tan malos como los de su amigo.

Los cuales, según se ve, además de la in-

sulsez del fondo, tienen asonantados los hemistiquios:

«Cómo pagarte.....
Que me mandaste.....
Pueden mis cañas.....
Ser comparadas.....»

Y tienen asonantados los versos de una estrofa con los de la siguiente:

«Dártela temo.....
Ebúrneo plectro.....»

Todo lo cual, en estos versos libres de la sujeción del consonante y privados de ese elemento de armonía, es defecto insufrible.

¡Ah! Pero... ¡pluguiera á Dios que los del señor obispo no tuvieran más que ese!

Continuación:

«Pero lo quieres; y negar no puedo
Pago tan fácil al que Horacio mismo
(¿Al pago?)
No desdenara contestar su bella
Carta sublime.»

Prosa, sí, prosa... Mas para quien la entienda.
Porque á pesar de ser prosa pura, esa estrofa no se sabe lo quiere decir.

Lo cual es doble gracia.

Vamos andando:

«Crucen los mares y á tu mano lleguen
Los sicilianos-pastoriles cantos.....»
(¿Asonantitos otra vez tenemos?
¡Tumba que tamba!)

Repetición:

«Crucen los mares y á tu mano lleguen
Los sicilianos-pastoriles cantos
Que á nuestra lengua del nativo ritmo
Dórico vierto.»

Nativo ritmo no está bien. Pero ¿quién es el dórico?....

Adelante:

«Vayan con ellos á obsequiarte humildes
Los que modulo *férvidos* cantares.....»
(¡Hombre! Este verso le ha salido un poco
Mal acentuado.)

Otra vez:

«Vayan con ellos á obsequiarte humildes
Los que modulo *férvidos* cantares,
De *tiernos* años ó *forzados ocios*
Métrico fruto.....»

¿Qué forzados ocios?... No, señor. Un obispo no puede tener *ocios*. Si no le da bastante que hacer el gobierno de su diócesis, ó se ve por fuerza mayor privado de gobernarla, que se ocupe en escribir; pero no *métricos frutos* ó versos insustanciales y paganos, sino apologías de la Religión Cristiana.

¡Pues apenas hay necesidad en estos tiempos malaventurados de defender la Religión!

Como que parece que sigue cumpliéndose

en ella la profecía de David, ya cumplida en nuestro Redentor Divino: *Circunderunt me vituli multi...* (1)

Y cuando tantísimos becerros mugen por todas partes, en ateneos, academias y periódicos, contra la Religión de Cristo, uno de sus guardadores se entretiene en hacer chucherías feas y hablar de la zampona y rebautizarse de *árcade* romano... ¡Por Dios, señor obispo!...

Después de llamarse á sí mismo *zagalejo*, y de decir que envía su retrato á Marcelino, todo en versos tan insípidos como los demás, pasa á decirnos en qué se ejercita:

«En el desierto y en la ardiente playa,
Sobre los riscos de escarpada sierra,
Y entre los bosques á las caras musas
Nómade invoca.»

Pues hace muy mal.

A quien debe invocar un obispo es al Espíritu Santo, y á los ángeles custodios suyo y de la diócesis que le está encomendada, y á la Virgen María, divina pastora de las almas, Madre de Dios y Reina del cielo.

¡Mire usted que un señor obispo invocando á las musas por esos cerros de Dios... ó por aquellos!...

También dice que

(1) Psalm. XXI, 13.

«Del Evangelio la doctrina *santa*
Entre las selvas *sin cesar* predica,
Y á sus *ovejas letras paternales*
Tierno dirige.»

En lo cual hace bien; por más que haga mal en contarle en versos tan infelices como ese de las *ovejas-letras*.

Mas para predicar la doctrina del Evangelio y dirigir pastorales á los fieles, ¿qué falta le hacía invocar *nómade* á las musas *caras*, ni á las *baratas*?...

Poco después vuelve *Ipandro* á su tema, y pregunta con ansiedad digna de mejor causa:

«¿Cuándo podremos al cantor de Ceas
Cubrir *entrambos* con *moderna veste*?...
¿Cuándo á mi lira prestará su numen
Píndaro sacro?...»

Nunca. ¿Lo quiere usted más claro? Nunca. Porque ni usted tiene lira, ni ese es el camino.

Ni este otro:

«Tú que de Febo los favores gozas,
Tú á quien *Atene plácida* acaricia...»
(*¡Hombre! ¿Qué Febo ni qué Atene? ¡Basta*
De disparates!)

«Por ti la noble juventud hispana
A amar aprenda la *belleza griega*...»
(*¡Tres asonantes en un verso solo?*
Repetas queso.)

«Por ti la noble juventud hispana
A amar aprenda la belleza griega,
Por ti renazca la severa y pura
Clásica forma.»

¿Pero ha de renacer así con todas esas aes seguidas, hispana á amar aprenda?...

Porque me parece que esa forma no es bella, ni pura, ni severa, ni clásica, ni nada...

Todo eso no es más que pedantear y decir desatinos.

¿No ha oído el señor obispo aquello de las castañuelas?

Pues es una verdad que se puede aplicar también á los versos.

Dice el aforismo:

No hay obligación de tocar las castañuelas; pero, de tocarlas, hay que tocarlas bien; y de no tocarlas bien, no se tocan.

Tampoco tiene nadie obligación de hacer versos; pero el que los haga tiene obligación de hacerlos bien, y de no hacerlos bien, no se hacen.

Otro golpe:

«No te avergüence de Neptuno y Ceres
En tus cantares invocar los nombres;
Cubra tan sólo sus *divinas formas* (!)
Púdico manto.»

Bueno: los quiere vestir á la moderna... ¿Y saben ustedes que estarían bien Neptuno vestido de sietemesino, y Ceres y Venus de coristas de *Mam'zelle-Nitouche*?

¡Qué cosas discurren estos clásicos académicos!

Todo esto aparte de aquella tontería—por caridad no lo llamo más que tontería—de las *divinas formas*.

Y aparte de que eso es confundir la forma con el fondo; porque se puede imitar la forma griega sin invocar á Ceres ni á Neptuno, pues la mitología no es *forma griega*, sino fondo de la poesía griega.

Sigue el señor Montes de Oca dando consejos á Marcelino:

«Del monte Sina los preceptos guarda.....»

¡Sí! ¡Buen modo de guardar esos preceptos es andar traduciendo obscenidades!.....

«Del monte Sina los preceptos guarda,
Al Vaticano la cabeza *inclina*
(*Consonante de Sina*)
Leyes tu Musa del parnaso griego.....»
(¡Dale que dale!)

Eso es una chifladura, señor obispo; pero una chifladura peligrosa.

Por ahí se perdió aquel desgraciado fraile Merino, que atentó contra la vida de doña Isabel de Borbón el año de 1852, aquí en Madrid.

La frecuente lectura de los clásicos paganos era lo que le había exaltado las pasiones y le había pervertido, pues se le encontró un

ejemplar lleno de notas marginales de su puño y letra, entre las cuales había esta blasfemia puesta por comentario á un verso de Virgilio: *¡Magnífico! ¡Vale más que toda la Biblia!.....*

Ahí se va á parar por esos caminos.

Otro poco:

«Del frío norte las heladas hojas
Arroje al fuego la piadosa España;
A Víctor Hugo la cristiana puerta
Cierre Pirene.»

Bueno, que se la cierre. Pero ¿qué adelanta con cerrar la puerta á Víctor Hugo, si se la abre á Teócrito y á todos los cantores de la materia y de los placeres sensuales?

Y por otro lado, ¿cree el señor obispo que nos va á convencer de la necesidad ni aún de la utilidad de manosear los clásicos paganos, con estrofas tan prosaicas y tan ripiosas como esa del norte *frío* y las hojas *heladas* y los muchos epítetos y los asonantes de *cierre* y *Pirene*?

¡Ya, ya!

El ejemplo es para convencer á cualquiera... de lo contrario.

Y concluye:

«Renacimiento clama de Cantabria
Allá en los montes ¡inspirado vate!
Renacimiento clame en las aztecas
Playas Ipandro.»

Bueno, clamen usted y él todo lo que quieren, porque nadie les ha de hacer caso.

Pero es muy triste, crea usted que es muy triste, oír á un obispo clamar desgañitándose: *¡renacimiento! ¡renacimiento!* á estas horas, cuando todos los hombres de sana inteligencia y recto corazón están convencidos de que el renacimiento es la vuelta á la barbarie.

Y de que el renacimiento del siglo XVI fue el que paró aquel generoso impulso, el que atajó aquella gran corriente de ideas elevadas y nobles que venía de la Edad Media y que no se sabe á qué altura de prosperidad espiritual hubiera llevado á las naciones cristianas.